

Santidad y vida ordinaria

William May

Instituto Juan Pablo II para el estudio sobre el matrimonio
y la familia, Sección de Washington D.C. (USA)

Hoy, casi veintinueve años después de promulgarse la Constitución Dogmática *Lumen gentium* del Concilio Vaticano II, una de las verdades centrales de aquel documento —a saber, la llamada universal a la santidad¹—, resulta mucho más conocida, aun cuando todavía haya bastantes que, por desgracia, la ignoran.

Esa verdad estuvo en el centro de la predicación del beato Josemaría Escrivá desde el momento de la fundación del Opus Dei, el 2 de octubre de 1928, treinta y siete años antes de la *Lumen gentium*, hasta su muerte, ocurrida el 26 de junio de 1975. Predicó sin cansarse semejante doctrina durante un período en el que, dentro del mundo católico, se consideraba generalmente que la llamada a la santidad estaba reservada a pocos privilegiados. Este hecho ha sido puesto de relieve por numerosos comentadores², y lo subrayó el propio beato en una carta escrita en 1954:

1. Cfr. CONC. VATICANO II, Const. dogm. *Lumen gentium*, cap. 4: «De universali vocatione ad sanctitatem in Ecclesia».

2. Por ejemplo, Álvaro del Portillo ha subrayado que la base del espíritu del Opus Dei consiste, antes que nada, en «la santificación en la vida ordinaria, en no admitir ningún tipo de disociación entre lo humano y lo sobrenatural. La llamada a la plenitud de la vida cristiana es universal, está dirigida a todos» (en *Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer y el Opus Dei en el 50 aniversario de su fundación*, 2.ª ed. Pamplona 1985, pp. 35-36). Y Pedro Rodríguez escribe: «Esta invitación universal a la santidad... ha sido tema incesante de la actividad pasto-

«Con el comienzo de la Obra en 1928, mi predicación ha sido que la santidad no es cosa para privilegiados. Hemos venido a decir que pueden ser divinos todos los caminos de la tierra, todos los estados, todas las profesiones, todas las tareas honestas. [...] decimos a cada uno —a todas las mujeres y a todos los hombres— que allí donde está puede adquirir la perfección cristiana»³.

El propósito de mi intervención es ofrecer sistemáticamente, y examinar desde el punto de vista teológico, las enseñanzas del beato Josemaría sobre la vida ordinaria como lugar y medio de santificación y de santidad, prestando una particular atención a la santificación del trabajo y de la familia y al valor de las «cosas pequeñas».

Comenzaré considerando el fundamento de la llamada universal a la santidad, en cuanto resulta absolutamente necesario para comprender *por qué* estamos llamados a ser santos. Examinaré después el significado de «santificación» o «santidad»: en qué consiste y qué es lo que hace posible alcanzarla. Encuadraré después en el contexto adecuado la insistencia del beato Josemaría sobre el hecho de que la vida ordinaria y cotidiana constituye para los laicos el «lugar» y el «medio» de la propia santificación; y prestaré una particular atención al sentido del trabajo, al valor de las «cosas pequeñas», y al significado cristiano del matrimonio y de la familia.

I. FUNDAMENTO DE LA LLAMADA UNIVERSAL A LA SANTIDAD: EL BAUTISMO Y NUESTRA FILIACIÓN DIVINA

La frase de san Pablo a los Tesalonicenses: «Esta es la voluntad de Dios, vuestra santificación» (1 Ts 4,3), salió a menudo de los labios del beato Josemaría⁴. Estamos llamados a la santidad precisamente porque somos hombres. Dios nos ha creado del modo en que estamos hechos para poder darnos su vida, para transmitirnos

ral del autor de Camino» (P. RODRÍGUEZ, *Vocación, trabajo, contemplación*, 2.ª ed. Pamplona 1987, p. 93).

3. BEATO JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Carta* del 19 de marzo de 1954, citada por P. RODRÍGUEZ, *Vocación, trabajo, contemplación*, cit., pp. 93-94.

4. Consultar, por ejemplo, *Amigos de Dios*, nn. 2, 177, 294.

la vida trinitaria. El beato Josemaría escribió: «No estamos destinados a una felicidad cualquiera, porque hemos sido llamados a penetrar en la intimidad divina, a conocer y amar a Dios Padre, a Dios Hijo y a Dios Espíritu Santo y, en la Trinidad y en la Unidad de Dios, a todos los ángeles y a todos los hombres»⁵. El motivo principal de nuestra existencia —la razón por la que nuestra naturaleza se encuentra dotada de inteligencia y libertad— es que Dios nos ha hecho no para ser simplemente criaturas, sino *hijos*, miembros de la familia divina: «No han sido creados los hombres tan sólo para edificar un mundo lo más justo posible, porque —además— hemos sido establecidos en la Tierra para entrar en comunión con Dios mismo»⁶. El sentido de la filiación divina, como ya subrayara, entre otros, Mons. del Portillo, se encuentra en el núcleo de la enseñanza y de la predicación del beato Josemaría⁷.

Nos convertimos en hijos de Dios cuando, en el Bautismo, «Nuestro Padre Dios tomó posesión de nuestras vidas, nos incorporó a la de Cristo y nos envió al Espíritu Santo»⁸. Mediante el Bautismo «somos portadores de la palabra de Cristo»⁹ y asumi-

5. *Es Cristo que pasa*, n. 133. Ver también *ibidem*, nn. 64, 65.

6. *Ibidem*, n. 100. Sobre este punto, consultar F. OCÁRIZ, *La filiación divina, realidad central en la vida y en la enseñanza de Mons. Escrivá de Balaguer*, en *Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer y el Opus Dei...*, cit., pp. 173-213, en especial 178-179.

7. Á. DEL PORTILLO, *Presentación a Es Cristo que pasa*, pp. 13-14: «El nervio central es el sentido de la filiación divina, constante en la predicación del Fundador del Opus Dei. El autor se hace continuamente eco de la enseñanza de San Pablo: “Los que se rigen por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios. Porque no habéis recibido el espíritu de servidumbre para obrar todavía por temor, sino que habéis recibido el espíritu de adopción, en virtud del cual clamamos: Abba, ¡Padre! Porque el mismo Espíritu está dando testimonio a nuestro espíritu de que somos hijos de Dios. Y siendo hijos, somos también herederos; herederos de Dios, y coherederos con Jesucristo, con tal de que padezcamos con Él, a fin de que seamos con Él glorificados” (Rom 7,14-17)». Cfr. las referencias del beato Josemaría a san Pablo en *ibidem*, nn. 64, 118, 135, 136. Otro comentador, Fernando Ocariz, ha observado: es esencial que el sentido de la filiación divina no sea «entendido como una simple verdad teórica entre otras muchas, sino contemplado y vivido como capital punto de apoyo, como fundamento, de toda la existencia cristiana», en *La filiación divina: realidad central en la vida y en la enseñanza de Mons. Escrivá de Balaguer*, cit., p. 174.

8. *Es Cristo que pasa*, n. 128.

9. *Amigos de Dios*, n. 210.

mos la responsabilidad de modelar nuestras vidas de acuerdo con sus exigencias ¹⁰: entre ellas, la principal consiste en que busquemos sinceramente la santidad a la que se nos ha llamado por el simple hecho de haber sido bautizados, signados con el carácter sacramental y convocados a participar de la obra redentora de Cristo ¹¹. En pocas palabras, en el Bautismo y a través de él nos convertimos en hijos de Dios, hermanos y hermanas de Jesucristo. «Dios Padre... envió al mundo a su Hijo Unigénito, para que restableciera la paz; para que, redimiendo al hombre del pecado, *adoptionem filiorum reciperemus*, fuéramos constituidos hijos de Dios (*Gal* 4,5), liberados del yugo del pecado, hechos capaces de participar en la intimidad divina de la Trinidad... La última palabra la dice Dios, y es la palabra de su amor salvador y misericordioso y, por tanto, la palabra de nuestra filiación divina. Por eso os repito hoy con San Juan: *ved qué amor hacia nosotros ha tenido el Padre, queriendo que nos llamemos hijos de Dios y lo seamos en efecto* (*1 Io* 3,1). Hijos de Dios, hermanos del Verbo hecho carne, de Aquel de quien fue dicho: *en él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres* (*Io* 1,4). Hijos de la luz, hermanos de la luz: eso somos. Portadores de la única llama capaz de encender los corazones hechos de carne» ¹².

La filiación divina, que literalmente nos *endiosa* ¹³, constituye el fundamento de nuestra vocación a la santidad, a la santidad que Dios quiere que alcancemos justamente en y a través de la unión con su Hijo unigénito. En y a través del Bautismo nos comprometemos a alcanzar la santidad y a participar en la redención llevada a cabo por Cristo, que «nos llama a identificarnos con Él, para realizar... su misión divina» ¹⁴. Según señala el beato Josemaría, la obra de la salvación llevada a término por Cristo, «continúa y nosotros participamos en ella: es voluntad de Cristo que —según las palabras fuertes de San Pablo— cumplamos en nuestra carne,

10. Cfr. *Conversaciones*, n. 22.

11. Cfr. *ibidem*, nn. 24, 44.

12. *Es Cristo que pasa*, nn. 65, 66.

13. Ver *ibidem*, n. 103. «La fe nos dice que el hombre, en estado de gracia, está *endiosado*».

14. *Ibidem*, n. 110.

en nuestra vida, aquello que falta a su pasión, *pro Corpore eius, quod est Ecclesia*, en beneficio de su cuerpo, que es la Iglesia (Col 1,24)»¹⁵. Con otros términos: nuestra filiación divina y, como consecuencia, nuestra vocación a la santidad, poseen una dimensión eclesial, justo porque la Iglesia, como bien ha subrayado Fernando Ocáriz, representa «el lugar de la vocación cristiana»¹⁶. En cuanto hijos de Dios somos miembros de su Iglesia, del cuerpo de Cristo, del pueblo santo que Dios ha escogido con el fin de que cooperara con Él para redimir en Cristo todas las cosas; y nosotros podemos cooperar en esta misión sólo si *llegamos a ser lo que somos*, verdaderos hijos de Dios, cuyo «trabajo», como el de nuestro hermano Jesús, consiste en cumplir la voluntad divina.

Pienso que cabría alcanzar una más profunda comprensión del sentido de nuestra filiación divina y del significado decisivo del Bautismo, reflexionando sobre la relación entre naturaleza y gracia y sobre la importancia existencial y bautismal de la libre elección.

Que los hombres se diferencian radicalmente de los animales en cuanto a la especie, y no sólo con una distinción de grado, es una verdad que puede ser demostrada filosóficamente¹⁷. Único entre todas las criaturas materiales, Dios hizo al hombre a su imagen y semejanza (Gn 1,28), dotándolo de inteligencia y de posibilidad de elección. Hizo al hombre para que fuera *esta concreta especie* de criatura, para que tuviera esta *naturaleza*, precisamente porque quiso crear un ser al que pudiera dar su propia vida. Por naturaleza, los hombres pueden recibir íntimamente semejante vida; en virtud de su naturaleza, constituyen la especie de seres íntimamente capaces de ser divinizados. Resulta absurdo pensar que Dios pudiera haberse encarnado en un cerdo, en un perro, en un chimpancé o en un delfín, porque todas estas criaturas, al carecer de inteligencia y de la posibilidad de elegir, no

15. *Ibidem*, n. 129.

16. F. OCÁRIZ, *La vocación al Opus Dei como vocación en la Iglesia*, en *El Opus Dei en la Iglesia*, Madrid 1993, p. 140. Un desarrollo de esta idea puede encontrarse en las pp. 135-197 y, más en concreto, en las pp. 137-148.

17. Un brillante tratamiento de la cuestión es el realizado por Mortimer ADLER, *The Difference of Man and the Difference It Makes*, Nueva York, 1968.

tienen la íntima posibilidad, por su naturaleza, de recibir la propia vida de Dios. Dios se ha encarnado verdaderamente en la criatura humana, se ha hecho «carne» (*sarx egeneto*; *Io* 1,14). Ha compartido nuestra naturaleza con el fin de que nosotros pudiéramos compartir la suya. Y la libertad es el fundamento de todo esto.

Al dar a los hombres la naturaleza que estos poseen, Dios ha creado personas dotadas del poder de construir o destruir sus propias vidas a través de sus libres elecciones. Por su naturaleza, *sui iuris*, la persona es dueña de sí misma. Sus elecciones y acciones le pertenecen, y no son elecciones y acciones de otros. Si el don que Dios hace de su vida y de su amistad debe ser realmente un don, ha de ser recibido libremente; no puede imponerse al hombre, ni ser regulado por algo distinto de las libres elecciones del Dios que da y de la persona que recibe el don. Con otras palabras, la naturaleza es para la gracia; la creación es para la alianza.

Esta verdad acerca de la persona humana —que es libre de autodeterminarse a través de las propias opciones— se configura como un tema capital de la fe católica. Resulta central en las Escrituras (cfr. *Sir* 15,11-20), en la enseñanza de los Padres y de los escolásticos¹⁸, y es materia definida por la Iglesia¹⁹. El libre

18. Cfr. S. AGUSTÍN, *De libero arbitrio*. Los Padres apostólicos, como san Justino mártir, subrayaron la libre elección contra el determinismo pagano. En los comienzos de la historia del Cristianismo, Justino desarrolló una línea de razonamiento que sería abundantemente utilizada por escritores como Agustín, Juan Damasceno y Tomás de Aquino. Escribió: «Hemos aprendido de los profetas, y así lo afirmamos, que las puniciones y los castigos y las recompensas se distribuyen según el mérito de las acciones de cada uno. Si no fuera así, y todas las cosas sucedieran según el decreto del hado, no tendríamos nada en nuestro poder. Si es el hado quien decreta que este hombre ha de ser bueno, y este otro malvado, entonces ni el primero debe ser alabado ni el segundo reprobado. Además, si la raza humana no goza del poder de elegir deliberadamente y con libertad el evitar el mal y hacer el bien, entonces no se podrían imputar a los hombres sus acciones», *Apologia*, I, 43, en S. GIUSTINO, *Le due apologie*, Roma 1983, pp. 89-90.

19. El Concilio de Trento ha definido solemnemente la verdad de que las personas humanas, también después de la caída, están dotadas de libre albedrío. Cfr. DS 1.555. Consultar también el CONC. VATICANO II, Const. past. *Gaudium*

albedrío constituye verdaderamente el principio existencial de nuestras vidas ²⁰.

Más todavía: el libre albedrío resulta importantísimo en la realidad del Bautismo, en y a través del cual, como hemos visto, llegamos a ser «nuevas» criaturas en Cristo, miembros de la familia divina, hijos de Dios llamados a ser santos como nuestro Padre celestial es santo. Y esto, porque en el centro del Bautismo hay una libre elección de autodeterminación mediante la que se renuncia a una vida de pecado —la «vieja» existencia adámica— y uno se compromete a vivir de manera adecuada a un hijo de Dios, digna de quien ha sido divinizado. A la mayor parte de nosotros nos bautizaron cuando todavía éramos niños, cuando todavía no podíamos llevar a cabo elecciones libres. Pero otros, nuestros padrinos, nuestros representantes, respondieron *en nuestro nombre* a la llamada a morir al pecado y vivir de forma adecuada a los hijos de Dios. Y, a medida que crecíamos en conformidad con nuestra propia fe, hemos renovado nuestros compromisos bautismales, recibiendo el sacramento de la Confirmación; y se nos ha dado la oportunidad de reafirmar con frecuencia nuestro pacto a lo largo de la entera vida, sobre todo durante la liturgia de la vigilia pascual. En el Bautismo, Dios nos ofrece libremente su vida y, movidos por su gracia, nosotros aceptamos libremente este don.

El Bautismo lleva consigo el tipo de elección que con razón es llamada compromiso. Como ha advertido agudamente Germain Grisez, el Bautismo constituye la *opción fundamental* del cristiano ²¹, mediante la cual se compromete libremente a llevar una vida de unión con Jesús y a compartir su obra redentora.

et spes, n. 17, donde los Padres conciliares subrayan que el poder de la libre elección «es un signo excepcional de la imagen divina del hombre».

20. Esta verdad ha sido puesta de relieve por Karol WOJTYLA, *Persona e atto*, Ciudad del Vaticano 1982, pp. 146-155. Sobre la centralidad del libre albedrío ha profundizado sistemática y magistralmente Germain GRISEZ, *The Way of the Lord Jesus*, vol. 1: *Christian Moral Principles*, Chicago 1983, pp. 41-72.

21. *Ibidem*, p. 551.

II. ¿EN QUÉ CONSISTE LA SANTIFICACIÓN? EL PRIMADO DE LA GRACIA

Todos los hombres han sido llamados a la santidad por Dios, a través de Cristo y en el Espíritu Santo. Es éste, en sustancia, el significado de nuestra filiación divina. En consecuencia, y como ha dicho Mons. del Portillo, esencialmente la santidad o santificación «no es otra cosa que la perfección de la vida cristiana, que la plenitud de la filiación divina»²².

El objetivo de nuestra santificación, el llegar a ser santos, es el primero y más importante en el orden sobrenatural. Dios toma la iniciativa. La santificación, la santidad, sólo es posible cuando uno se une íntimamente y se abandona en Aquél que la Escritura llama el solo Santo: «Sed santos porque Yo soy santo» (Lv 11,14)²³. La santificación sólo es posible por la gracia de Dios, concedida libremente a sus hijos a través de su Hijo Unigénito, y consiste esencialmente en una íntima unión de amor con Jesús, nuestro Redentor y Salvador.

Esta verdad reviste una capital importancia en la espiritualidad del beato Josemaría. Con san Pablo, era perfectamente consciente de la tensión, interna al corazón humano, entre el «viejo» hombre adámico, el hombre herido por el pecado y la concupiscencia, y el hombre «nuevo» en Cristo. Solos, no somos nada. El beato Josemaría expresa esta realidad de manera viva e inolvidable en muchos de sus escritos, y, en particular, en el capítulo de *Camino* dedicado a la consideración de la virtud de la humildad. Nos dice que somos «el cacharro de los desperdicios»²⁴, «polvo sucio y caído»²⁵, «un pobrecito, que viste un buen traje... prestado»²⁶, etc. Si siguiéramos el impulso de nuestro corazón y el

22. Á. DEL PORTILLO, *Mons. Escrivá de Balaguer, testigo del amor a la Iglesia*, en «Palabra» n. 130 (junio de 1976), p. 9; citado por F. OCÁRIZ, *La filiación divina...*, cit., p. 177.

23. La cuestión ha sido tratada con brillantez por Pedro RODRÍGUEZ, *Vocación, trabajo y contemplación*, cit., pp. 105-111. Me inspiraré abundantemente en esta obra, en todo lo que se refiere al tema anunciado.

24. *Camino*, n. 592.

25. *Ibidem*, n. 599.

26. *Ibidem*, n. 608.

dictamen de la razón, estaríamos con la boca en la tierra, en postración, como un gusano sucio, feo y despreciable a los ojos de Dios²⁷.

Pero Dios es nuestro Padre, nuestro Redentor, nuestro Santificador, y su gracia es suficiente, según dijera san Pablo (2 Cor 12,9) y el beato Josemaría nunca se cansará de repetir²⁸. Y, sobre todo, Jesús, en unión con los verdaderos hijos de Dios, no es sólo nuestro Dios, nuestro Señor y Salvador, nuestro Redentor, sino nuestro *amigo personal*. Dice con razón santo Tomás de Aquino que «Cristo es nuestro mejor y más sabio amigo»²⁹, y el beato Josemaría ha insistido a menudo en esta espléndida realidad³⁰. Precisamente porque Jesús es nuestro mejor amigo, si queremos cooperar con la gracia de Dios en la obra de la santificación, debemos llegar a conocerlo íntimamente a través de la meditación de las Escrituras, y en particular de la Pasión, para poderlo amar con vehemencia y para amar en Él a todas las personas³¹.

La santidad, la plenitud de nuestra filiación divina, consiste por tanto en una vida de íntima unión con Jesús y, a través de Él, con la Santísima Trinidad. Dios es amor, y derrama su amor en nuestros corazones cuando nos confiere nuestro nuevo ser de hijos suyos, un don que nosotros aceptamos libremente, a través de la fe, al abrirnos a su oferta de vida divina. Por consiguiente, la

27. Cfr. *ibidem*, n. 597.

28. Ver, por ejemplo, *Camino*, nn. 707, 729, 733. P. RODRÍGUEZ, en *Vocación, trabajo, contemplación*, cit., p. 106, cita un pasaje significativo de una carta del beato Josemaría —del 31-5-1954—, en la que dice: «Y si a la vista de nuestra debilidad, de nuestros errores personales, se alza un sentimiento de impotencia —siendo yo como soy, ¿puedo consagrar el mundo?— habéis de oír enseguida un sí terminante, que resonará en vuestra cabeza y en vuestro corazón: “*sufficit tibi gratia mea*, te basta mi gracia”».

29. SANTO TOMÁS DE AQUINO, *S.Th.* I-II, q. 108, a. 4, sed contra: «Christus est maxime sapiens et amicus».

30. Cfr., por ejemplo, *Camino*, 88, 91, 421, 806 y, en particular, 422; *Es Cristo que pasa*, sobre todo los nn. 162-163, 169; *Amigos de Dios*, especialmente los nn. 222-225, 228-231, 234-237.

31. Ver, entre otros, *Es Cristo que pasa*, y en particular las homilias: «La Eucaristía, misterio de fe y de amor», «Cristo presente en los cristianos», especialmente los nn. 107-109; *Amigos de Dios*, nn. 299-305.

santidad consiste en amar de manera perfecta, en amar como somos amados por Dios en Cristo. Tal como dijera el beato Josemaría, «el principal requisito que se nos pide —bien conforme a nuestra naturaleza—, consiste en amar: *la caridad es el vínculo de la perfección* (Col 3,14); caridad, que debemos practicar de acuerdo con los mandatos explícitos que el mismo Señor establece: *amarás al Señor Dios tuyo con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente* (Mt 22,37), sin reservarnos nada. En esto consiste la santidad»³². Semejante unión de amor con Dios y, en Él, con Él y por Él, con nuestro prójimo, es de manera primordial la obra de la gracia de Dios y de la cooperación humana a su gracia.

La enseñanza del beato Josemaría en torno a este tema, con su insistencia sobre el *primado de la gracia*, se encuentra enraizada en la tradición católica. Santo Tomás, al esclarecer el significado de la «nueva ley» dada a los hombres por medio de Jesús, la «ley del espíritu» o «ley del amor», subraya que lo «más poderoso en la ley de la nueva alianza, aquello en lo que reside todo su vigor, es la gracia del Espíritu Santo, que se nos da a través de la fe». En consecuencia, continúa, «la nueva ley es principalmente y sobre todo la gracia del Espíritu Santo, que es dada a los fieles en Cristo»³³. Me parece que el pensamiento del beato Josemaría sobre este extremo podría sintentizarse de manera adecuada citando un pasaje de santo Tomás, donde describe la *nueva vida* que se nos da a través de nuestra incorporación a Cristo en el Bautismo, cuando llegamos realmente a ser hijos de Dios y recibimos la llamada a la santidad. Cito a santo Tomás: «En el Bautismo el hombre es regenerado a la vida espiritual propia de los creyentes en Cristo, como indican las palabras del Apóstol: “Si

32. *Amigos de Dios*, n. 6.

33. SANTO TOMÁS DE AQUINO, *S.Th. I-II*, q. 106, a. 1: «Id autem quod est potissimum in lege novi testamenti, et in quo tota virtus eius consistit, est gratia Spiritus Sancti, quae datur per fidem Christi. Et ideo principaliter lex nova est ipsa gratia Spiritus Sancti, quae datur Christi fidelibus». Un excelente comentario sobre la enseñanza de santo Tomás en torno a la nueva ley, cumbre de su pensamiento moral, se encuentra en S. PINKAERS, O.P., *Les sources de la morale chrétienne: sa méthode, son contenu, son histoire*, Friburgo-París 1985, pp. 174-195. Ver también R. GARCÍA DE HARO, *La vida cristiana*, Pamplona 1992, pp. 457-486.

vivo en la carne, vivo por la fe en el Hijo de Dios” [que me ha amado y se ha entregado a sí mismo por mí]. Pero la vida no es propia, sino de los miembros unidos a la cabeza, de la que reciben sentido y movimiento. Por tanto, con el bautismo el hombre resulta forzosamente incorporado a Cristo como miembro suyo. Ahora bien, como de la cabeza natural deriva para los miembros la sensibilidad y el movimiento, así de la cabeza espiritual que es Cristo deriva para sus miembros el sentido espiritual que consiste en el conocimiento de la verdad, y el movimiento espiritual producido por el impulso de la gracia. De aquí las palabras de san Juan: “Lo hemos visto lleno de gracia y de verdad, y de su plenitud todos hemos recibido”. Se sigue, entonces, que quienes reciben el bautismo resultan iluminados por Cristo con el conocimiento de la verdad, y fecundados por Él con la fecundidad de las buenas obras mediante la infusión de la gracia»³⁴.

III. LA VIDA ORDINARIA COMO LUGAR Y MEDIO DE SANTIFICACIÓN

- | | |
|---|--|
| 1. <i>La importancia de esta realidad.</i> | Durante toda su vida, el beato Josemaría combatió enérgicamente la idea —por desgracia todavía bastante difundida— de que la santidad es para unos pocos elegidos y que sólo |
| <i>Su contexto y la unidad dinámica del pensamiento del beato Josemaría</i> | |

34. SANTO TOMÁS DE AQUINO, *S.Th.*, III, q. 69, a. 5: «Per baptismum aliquis regeneratur in spiritualem vitam, quae est propria fidelium Christi; sicut Apostolus dicit (*Gal 2,20*), “Quod autem nunc vivo in carne, in fide vivo Filii Dei”. Vita autem non est nisi membrorum capiti unitorum, a quo sensum et motum suscipiunt. Et ideo necesse est quod per baptismum aliquis incorporetur Christo quasi membrum ipsius. Sicut autem a capite naturali derivatur ad membra sensus et motus, ita a capite spiritali, quod est Christus, derivatur ad membra eius sensus spiritalis, quid consistit in cognitione veritatis, et motus spiritalis, qui est per gratiae instinctum. Unde Joan. 1 (14) dicitur, “Vidimus eum plenum gratiae et veritatis, et de plenitudine eius omnes accipimus”. Et ideo consequens est quod baptizati illuminentur a Christo circa cognitionem veritatis, et fecundentur ab eo fecunditate bonorum operum per gratiae infusionem».

cabe llegar a ser santos alejándose del mundo. Antes que nada el beato Josemaría comprendió con claridad *la unidad* de la vida cristiana. En la homilía de la Misa celebrada en el campus de la Universidad de Navarra el 8 de octubre de 1967, dijo: «¡Que no, hijos míos! Que no puede haber una doble vida, que no podemos ser como esquizofrénicos, si queremos ser cristianos: que hay una única vida, hecha de carne y espíritu, y ésa es la que tiene que ser —en el alma y en el cuerpo— santa y llena de Dios»³⁵. El beato Josemaría consideraba una locura el querer cambiar el propio lugar en el mundo, como si tal cosa bastara para hacer a uno santo³⁶. En esto prosiguió la antigua advertencia de san Pablo a los cristianos, cuando escribía a los habitantes de Corinto: «Que cada uno siga viviendo en la condición que el Señor le ha asignado, tal como Dios lo ha llamado» (1 Cor 7,17). Como indicaba Pedro Rodríguez, la locura que lleva a algunos a cambiar de sitio en el mundo, «la “locura de cambiar de sitio” es consecuencia de lo que Mons. Escrivá de Balaguer ha llamado humorísticamente “mística ojalatera”»³⁷. Y, según observaba José Luis Illanes, «la expresión “mística ojalatera” tiene, en verdad,

35. Esta homilía, cuyo título es «Amar al mundo apasionadamente», se encuentra en *Conversaciones*, nn. 113-123. Entre los muchos textos en que el beato Josemaría expuso la doctrina de que nuestra vida cotidiana y normal constituye el lugar en el que debemos santificarnos, tal vez sea en esta homilía donde semejante enseñanza se trata de manera más plena y exhaustiva. El mejor comentario que conozco a este texto es el de Pedro RODRÍGUEZ, *Santità nella vita quotidiana*, en «Studi cattolici», n. 381 (noviembre de 1992), pp. 717-729. En lo que sigue, me referiré ampliamente a este magnífico artículo.

36. Cfr., entre otros, *Camino*, nn. 832, 837.

37. P. RODRÍGUEZ, *Vocación...* cit., p. 98. Rodríguez prosigue citando, en las pp. 98-99, un pasaje de una carta del beato Josemaría —carta del 19-3-1954—, en la que el fundador del Opus Dei habla largamente de esta locura, con la que se ha encontrado más de una vez mientras desplegaba su actividad apostólica. En relación a este punto, cfr. también la homilía del beato Josemaría «Amar al mundo apasionadamente», en *Conversaciones*, n. 116: «Dejaos, pues, de sueños, de falsos idealismos, de fantasías, de eso que suelo llamar *mística ojalatera* —¡ojalá no me hubiera casado, ojalá no tuviera esta profesión, ojalá tuviera más salud, ojalá fuera joven, ojalá fuera viejo!...». Como puede observarse, se trata de un juego de palabras entre «ojalá» y «hojalata». La «mística ojalatera» es tanto mística de lata como «mística del ojalá».

doble filo: de una parte, denuncia escapismos y evasiones que llevan a eludir los auténticos requerimientos de la vocación cristiana; de otra, afirma que esa vocación cristiana puede y, por tanto, debe vivirse en medio del mundo»³⁸. El beato Josemaría repitió que debemos buscar la santidad aquí y ahora, en la vida ordinaria que desplegamos en el mundo. Es éste su mensaje principal.

Para comprender mejor algunos textos significativos del beato Josemaría en torno a esta verdad, tal vez resulte útil esbozar el contexto en que la proclamó. Hemos ya apuntado hasta qué punto se encuentra difundida la idea de que la santidad es cosa de pocos privilegiados. Apelo ahora a otra convicción muy común, que el beato Josemaría se vio obligado a combatir durante toda su existencia: una injusta incompreensión de las realidades a que se refiere la vida cristiana. El beato Josemaría describió esta idea, en exceso espiritualista y clerical, como la pretensión de que «ser cristianos es ir al templo, participar en las sagradas ceremonias, incrustarse en una sociología eclesial, en una especie de *mundo* segregado, que se presenta a sí mismo como la antesala del cielo, mientras el mundo común recorre su propio camino»³⁹. A este falso espiritualismo, el beato Josemaría opuso lo que valerosamente definió como «materialismo cristiano», un materialismo «que se opone audazmente a los materialismos cerrados al espíritu»⁴⁰, pero no obstante un materialismo. Obró de esta forma justo porque el cristianismo, «que profesa la resurrección de toda carne, se enfrentó siempre, como es lógico, con la “desencarnación”»⁴¹. Esta equivocada comprensión del cristianismo conduce a la esquizofrenia, rechazada también decididamente, según vimos, por el beato Josemaría. Advirtió éste con claridad que «a ese Dios invisible, lo encontramos en las cosas más visibles y materiales», y que «un hombre sabedor de que el mundo —y no sólo el

38. J.L. ILLANES, *La santificación del trabajo*, Madrid, 9.ª ed. 1981, p. 80.

39. «Amar al mundo apasionadamente», en *Conversaciones*, n. 113.

40. *Ibidem*, n. 115.

41. *Ibidem*.

templo— es el lugar de su encuentro con Cristo, ama ese mundo»⁴².

El beato Josemaría proclamó sin cesar que la vida ordinaria constituye el lugar y el medio de nuestra santificación, y tal vez en ningún otro momento subrayara semejante realidad con mayor vigor que en la homilía del campus de la Universidad de Navarra. Lo testimonian los siguientes textos: «...es la vida ordinaria el verdadero lugar de vuestra existencia cristiana... allí donde están vuestros hermanos los hombres, allí donde están vuestras aspiraciones, vuestro trabajo, vuestros amores, allí está el sitio de vuestro encuentro cotidiano con Cristo. Es en medio de las cosas más materiales de la tierra, donde debemos santificarnos, sirviendo a Dios y a todos los hombres»⁴³. «Debéis comprender ahora —con una nueva claridad— que Dios os llama a servirle *en* y *desde* las tareas civiles, materiales, seculares de la vida humana»⁴⁴.

«... o sabemos encontrar en nuestra vida ordinaria al Señor, o no lo encontraremos nunca»⁴⁵.

«... una vida santa en medio de la realidad secular —sin ruido, con sencillez, con veracidad—, ¿no es hoy acaso la manifestación más conmovedora de las *magnalia Dei*, de esas portentosas misericordias que Dios ha ejercido siempre, y no deja de ejercer, para salvar al mundo?»⁴⁶.

Idéntico mensaje se encuentra en innumerables discursos y escritos del beato Josemaría⁴⁷.

42. *Ibidem*, nn. 114, 116. En relación a este extremo, cfr. P. RODRÍGUEZ, *Santità nella vita quotidiana*, en «Studi cattolici», cit. pp. 723-725.

43. «Amar al mundo apasionadamente», en *Conversaciones*, n. 113.

44. *Ibidem*, n. 114.

45. *Ibidem*, n. 114.

46. *Ibidem*, n. 123.

47. Como ejemplo, sirvan los siguientes: *Es Cristo que pasa*, n. 9: «El cristiano corriente... no se aparta del mundo, porque el mundo es el lugar de su encuentro con Cristo»; *ibidem*, n. 105: Jesús, «a la gran mayoría, los quiere en medio del mundo, en las ocupaciones terrenas»; *ibidem*, n. 110: «Porque no es la vida corriente y ordinaria, la que vivimos entre los demás conciudadanos, nuestros iguales, algo chato y sin relieve. Es, precisamente en esas circunstancias, donde el Señor quiere que se santifique la inmensa mayoría de sus hijos»;

Como ha señalado Pedro Rodríguez, «la expresión *lugar* presenta aquí [en la homilía pronunciada en el campus], igual que en otros escritos del Fundador del Opus Dei, un significado técnico: se trata de una categoría antropológica y teológica, que sirve para indicar las coordenadas históricas del encuentro con Cristo y, por eso, de la existencia humana en su concreción»⁴⁸. Nuestra vida ordinaria la vivimos *en el mundo*, se encuentra inmersa en lo secular, en lo material. El beato Josemaría apreció, penetrando agudamente en el sentido de la fe católica, la intrínseca bondad del mundo material. Rodríguez resume con precisión esta idea, al decir que, en el pensamiento del beato Josemaría, la «posición metafísica y teológica de la materia hunde sus raíces precisamente en su relación con el espíritu, en su capacidad de servir al espíritu y de ser penetrada por él, y encuentra en este servicio su auténtico fin»⁴⁹. Por otro lado, resulta ya sabido que los Padres del Vaticano II hicieron propia la enseñanza del beato Josemaría sobre este punto, cuando afirmaron que es en el mundo material, en la vida cotidiana, donde el hombre y la mujer corrientes se encuentran llamados a ser santos. Por eso en la Constitución Dogmática *Lumen gentium* leemos: «El carácter secular es propio y peculiar de los laicos... A los laicos corresponde, por propia vocación, tratar de obtener el reino de Dios gestionando los asuntos temporales y ordenándolos según Dios. Viven en el siglo, es decir, en todos y cada uno de los deberes de la vida familiar y social, con los que su existencia está como entretejida. Allí están

ibidem., n. 148: «María santifica lo más menudo, lo que muchos consideran erróneamente como intrascendente y sin valor: el trabajo de cada día, los detalles de atención hacia las personas queridas, las conversaciones y las visitas con motivo de parentesco o de amistad. ¡Bendita normalidad, que puede estar llena de tanto amor de Dios!»; *Amigos de Dios*, n. 18: «Santidad en las tareas ordinarias, santidad en las cosas pequeñas, santidad en la labor profesional, en los afanes de cada día»; *ibidem.*, «El Señor os quiere santos en el lugar donde estáis»; *ibidem.*, n. 312: «Cuando la fe vibra en el alma, se descubre, en cambio, que los pasos del cristiano no se separan de la misma vida humana corriente y habitual. Y que esta santidad grande, que Dios nos reclama, se encierra aquí y ahora, en las cosas pequeñas de cada jornada».

48. P. RODRÍGUEZ, «Santità nella vita quotidiana», cit., p. 723.

49. *Ibidem.*, p. 725.

llamados por Dios, para que, desempeñando su propia profesión bajo la guía del espíritu evangélico, contribuyan a la santificación del mundo como desde dentro, a modo de fermento. Y así hagan manifiesto a Cristo ante los demás, primordialmente mediante el testimonio de su vida, por la irradiación de la fe, la esperanza y la caridad»⁵⁰.

También Juan Pablo II, en la Exhortación Apostólica *Christifideles laici*, subraya que el Concilio considera la condición secular del laicado «no como un dato exterior y ambiental, sino como una realidad *destinada a obtener en Jesucristo la plenitud de su significado...* De este modo, el “mundo” se convierte en el ámbito y el medio de la vocación cristiana de los fieles laicos»⁵¹.

Aquí es importante notar, de acuerdo con lo expresado por Juan Pablo II en la *Christifideles laici*, que existe una «dimensión» secular propia de la Iglesia entera, común a todos los fieles, sean estos laicos, clérigos o religiosos⁵². Pero lo que caracteriza al laico cristiano es el carácter «secular» (*indoles*). Comentando esta distinción entre la dimensión «secular» propia de la entera Iglesia y de todos los fieles, y el carácter «secular» del laico cristiano, José Luis Illanes pone de manifiesto que las afirmaciones de la *Lumen gentium* y de la *Christifideles laici*, y las enseñanzas del beato Josemaría sobre la condición del «cristiano corriente» «se esclarecen de forma recíproca» y nos colocan en condición de comprender que el fin de la «Obra» que el beato Josemaría fundó el 2 de octubre de 1928 «consiste exactamente en promover entre los laicos o cristianos corrientes de las más diversas condiciones sociales y profesionales la conciencia de su vocación cristiana, de la llamada que Dios les ha dirigido para santificarse y santificar a los otros *en y a través* de las circunstancias y realidad de su vida *en el mundo*»⁵³.

50. CONC. VATICANO II, Const. dogm. *Lumen gentium*, n. 31.

51. JUAN PABLO II, Ex. ap. *Christifideles laici*, n. 15. Las cursivas se encuentran en el original.

52. *Ibidem*, n. 15.

53. J.L. ILLANES, *Nella Chiesa e nel mondo: la secolarità dei membri dell'Opus Dei*, en *L'Opus Dei e la Chiesa*, Casale Monferrato 1993, p. 238: «Más aún, podríamos decir que las enseñanzas de la *Lumen Gentium* y de la *Christifideles*

La vida ordinaria, el *lugar* donde debemos santificarnos, es la vida de los hombres y de las mujeres en el mundo; la componen sus quehaceres en el interior de las propias familias, en su trabajo, en las mil cosas que realizan cada día. Pero antes de examinar el significado del trabajo, de la vida matrimonial y familiar, y el valor de las cosas pequeñas, quiero señalar la *unidad dinámica* del pensamiento del beato Josemaría; y después, en la sección siguiente, esbozar una explicación teológica del motivo por el que la vida ordinaria es el lugar y el medio de la santificación.

Antes que nada, veamos la unidad dinámica del pensamiento del beato. De lo dicho hasta el momento, y en especial de la lectura de la obra más conocida del beato Josemaría, *Camino*, podemos comenzar a comprender la unidad dinámica de su pensamiento. A mi entender, Pedro Rodríguez lo ha resumido con agudeza, en un estudio dedicado a la espiritualidad de *Camino*. Considera él que existen tres grandes líneas de pensamiento constitutivas de la espina dorsal de este escrito. Dos la atraviesan como un estribillo, y la tercera surge de su convergencia. La primera es el carácter secular o terreno del hombre, sobre todo su dinamismo creativo en cuanto capaz de trabajar, todo ello visto desde la perspectiva de la economía de la gracia. La segunda sería —por decirlo así— el eje sobrenatural de la vocación a la santidad, el primado de la gracia, de la oración, de la interioridad, que se manifiesta antes que nada en vivir la propia filiación divina, la propia «espiritualidad bautismal». La tercera surge de las anteriores: se trata de la índole apostólica de la

«... a una parte». A causa de nuestra filiación divina, de nuestra comunión y participación en la vida divina, la condición propia de la espiritualidad bautismal surge como un eje estribillo que atraviesa el pensamiento de *Camino*. La tercera surge de la convergencia de *laici* en torno a la índole secular como propia de los laicos, y las enseñanzas de Mons. Escrivá sobre la condición de los cristianos corrientes y sobre su naturaleza se esclarecen de forma recíproca. [...] Cualquier intento de comprender el Opus Dei debe tomar como punto de partida la figura del laico, puesto que el fin que el Opus Dei se propone en virtud del carisma fundacional definido el 2 de octubre de 1928 es precisamente el de difundir entre los laicos (o cristianos corrientes) de las más distintas condiciones sociales y actividades profesionales la conciencia de la propia vocación cristiana, de la llamada de Dios a santificarse y a santificar a los demás por medio de los sucesos y de las circunstancias de su vida en el mundo».

vocación laical, es decir, de su llamada a participar en la obra redentora de Cristo ⁵⁴.

2. *¿Por qué la vida ordinaria es el lugar y el medio de la santificación?* La vida ordinaria es el lugar y el medio de la santificación porque en ella, en la vida cotidiana, llegamos a ser lo que

realmente somos. Esta vida está integrada por aquello que realizamos a lo largo de la jornada. Las personas humanas son «personas que obran», y las acciones que llevan a término no constituyen simples sucesos físicos en el mundo material, como la caída de la lluvia o el cambio de las hojas. Las acciones humanas no son, pues, algo que «sucede» a una persona. Constituyen más bien la expresión exterior de las elecciones de la persona. Por consiguiente, en el centro de una acción —que en cuanto humana es personal— se halla una libre elección que, según veíamos antes al considerar la relación entre Bautismo y libre albedrío, se configura como principio existencial de toda nuestra vida.

Las Escrituras, y en especial el Nuevo Testamento, son muy claras en este extremo. Jesús enseñó que lo que entra en el hombre no lo corrompe, mientras que sí lo hace lo que sale de la persona, de su corazón, del núcleo de su ser, de su elección (cfr. *Mt* 15,10-20; *Mc* 7,14-23). El meollo de una acción es la libre elección que reside en la persona y la hace ser el tipo de persona que es. Las acciones que libremente decidimos realizar,

54. P. RODRÍGUEZ, *La espiritualidad de «Camino»*, cap. 4 de *Vocación, trabajo, contemplación*, cit., pp. 94-95: «En mi opinión, hay dos grandes líneas que recorren el pequeño gran libro y lo convierten en “manual de la santidad de los laicos”: la primera es el mundo, la situación mundanal del hombre y, sobre todo, su dinamismo creador —el trabajo— afirmados positivamente y contemplados en la economía de la gracia; la segunda constituye como el eje sobrenatural de la tarea santificadora y podríamos calificarla como “primacía de la gracia”, de la oración, de la interioridad, que en el libro se expresa, ante todo, como vivencia y sentido de la filiación divina, lo que configura la espiritualidad de los laicos como “espiritualidad bautismal”. De la confluencia de ambas líneas estructurantes brota una tercera, que confiere a la vocación cristiana del laico los rasgos de una vocación esencialmente apostólica».

según recuerda Tomás de Aquino, residen en nosotros, confiriéndonos nuestra propia identidad en cuanto seres morales y espirituales⁵⁵.

Con otros términos, en y a través de las acciones que libremente elegimos nos damos a nosotros mismos una identidad en el bien y en el mal. Semejante identidad reside en nosotros como una disposición a ulteriores elecciones y acciones, mientras no llevemos a término otro tipo de elecciones contradictorias respecto a las primeras. Por consiguiente, si decido cometer un adulterio, me torno adúltero y así permanezco hasta que, por medio de otra acción, modifico mi corazón (*metanoia*) y me arrepiento de la acción anterior. Incluso ahora sigo siendo un adúltero por cuanto, desgraciadamente, me he conferido esa identidad, pero ahora soy un adúltero *arrepentido*; alguien que, merced a una elección libre y a la gracia de Dios, se dona una nueva identidad, la identidad de quien repudia el adulterio libremente elegido, se arrepiente, y ahora se encuentra decidido, merced a una elección libre y con la ayuda de la gracia de Dios que nunca falta, a enmendar la propia existencia y ser un esposo fiel y enamorado.

¿De qué manera cuanto acabamos de decir nos ayuda a comprender el motivo por el que la vida ordinaria constituye el lugar y el medio de nuestra santificación? Recordemos que la *opción fundamental*, la elección principal del cristiano, está representada por el compromiso bautismal de vivir de un modo digno de un hijo de Dios, y de participar en la obra redentora de Jesús, viviendo su filiación divina. Como dijo el beato Josemaría, «la fe y la vocación de cristianos afectan a toda nuestra existencia, y no sólo a una parte»⁵⁶. A causa de nuestra filiación divina, de nuestra común vocación a la santidad y de nuestra *personal vocación* a completar en nuestra carne «lo que falta a los padecimientos de Cristo, en favor de su cuerpo que es la Iglesia» (*Col 1,24*)⁵⁷, nuestra misión es la de desplegar nuestras vidas, conducir nuestra

55. Cfr. SANTO TOMÁS DE AQUINO, *S.Th.* III, q. 57, a. 4: «Agere est actio permanens in ipso agente».

56. Homilía «En el taller de José», en *Es Cristo que pasa*, n. 46.

57. Según ha repetido con frecuencia el beato Josemaría, cada uno de nosotros tiene una vocación universal y personal, un papel único y personal en la

entera existencia, todas nuestras elecciones y acciones, en conformidad con los compromisos bautismales. Igual que es llamado un marido y tiene el deber de procurar que su vida cotidiana, compuesta de aquello que él libremente elige, se encuentre en perfecta armonía con la identidad de marido libremente escogida, así cada uno de nosotros se encuentra llamado y tiene el deber de realizar todas las acciones de la vida cotidiana conforme a su identidad de hijo de Dios, coheredero con Cristo, cuya única voluntad es llevar a término lo que al Padre le agrada⁵⁸.

Tal como afirmara el beato Josemaría, «la conversión es cosa de un instante; la santificación es tarea para toda la vida»⁵⁹. Es tarea de toda la vida porque consiste en esforzarse cada día, en cada cosa que hacemos, para transformar nuestras existencias en una auténtica imitación de Cristo.

3. *El trabajo, el valor de las cosas pequeñas, la vida matrimonial y familiar*

Debemos llegar a ser santos —alcanzar la plenitud de la filiación divina— en y mediante

nuestra «vida ordinaria y cotidiana». Pero ¿en qué consiste la

realización de la obra redentora de santificación de Jesús. Un texto especialmente esclarecedor se encuentra en la homilía «La libertad, don de Dios», en *Amigos de Dios*, nn. 28-30. Otro está constituido por un breve pasaje de la homilía «El Espíritu Santo, el gran desconocido», en *Es Cristo que pasa*, n. 129: «Dios no quiere esclavos, sino hijos, y respeta nuestra libertad. La salvación continúa y nosotros participamos en ella». La verdad de que cada uno de nosotros goza de una vocación personal es una enseñanza central del Concilio Vaticano II: cfr., por ejemplo, la Const. dogm. *Lumen gentium*, nn. 11, 46; la Const. past. *Gaudium et spes*, nn. 31, 43, 75. También la ha desarrollado Juan Pablo II. Cfr. su Enc. *Redemptoris hominis*, en AAS 71 (1979) p. 317, y su homilía en el Miraflores Park (Cuenca, Ecuador), 7, en *Insegnamenti di Giovanni Paolo II*, 8/1 (1985) p. 309. Sobre el tema de la vocación personal, consultar G. GRISEZ, *Christian Moral Principles*, cit., pp. 559-562, 663-664, 753-755, y *Living A Christian Life*, vol II de su *The Way of the Lord Jesus*, Quincy, Illinois 1993, pp. 113-129.

58. A mi parecer, la verdad que aquí he tratado de resumir brevemente, la expone con amplitud y maestría G. GRISEZ en *Christian Moral Principles*, cit., en especial en los cc. 25, 26 y 27, pp. 599-682.

59. Homilía «La conversión de los hijos de Dios», en *Es Cristo que pasa*, n. 58.

«vida cotidiana y normal» del laico, del cristiano corriente? Consiste antes que nada en las diarias relaciones que cada uno establece con los miembros de la propia familia —para los casados, de manera particular con el propio cónyuge y con los hijos—, con las personas con quienes entra en contacto durante el trabajo, en el «trabajo» que ejecuta, y en la miríada de «cosas pequeñas» realizadas desde cuando uno se levanta por la mañana hasta el momento de acostarse. La «vida cotidiana y ordinaria» en el mundo, en la que y a través de la cual hemos de santificarnos a nosotros mismos y a los demás, consiste por tanto primordialmente en nuestra vida en el interior de nuestras familias, en el trabajo que llevamos a cabo en colaboración con otros, y en las cosas pequeñas de cada día. Ahora examinaremos: a) el significado del trabajo, b) el valor de las «cosas pequeñas» y c) la vida matrimonial y familiar.

a) *El significado del trabajo*

Durante su vida de apostolado, el beato Josemaría recordó sin cesar a cuantos se cruzaron en su camino la dignidad, el valor y la gran importancia del trabajo en la vida del cristiano⁶⁰. En el pensamiento del beato Josemaría, el trabajo ordinario es «el quicio sobre el que se fundamenta y gira nuestra llamada a la santidad»⁶¹. En una conocida frase, que el Papa Juan Pablo II, cuando todavía era cardenal, definió como «expresión feliz»⁶², el beato Josemaría plantea la cuestión en los siguientes términos:

60. Entre los muchísimos pasajes en que el beato Josemaría expone esta enseñanza, se cuentan los que siguen: *Camino*, nn. 162, 306, 334, 348, 373, 697, 933; *Surco*, nn. 482-531; *Forja*, nn. 618, 684, 698, 700, 702, 705, 713, 725, 735, 980; *Es Cristo que pasa*, homilía «En el taller de José», en especial los nn. 45-51; *Amigos de Dios*, homilía «Trabajo de Dios», en particular los nn. 57-58, 60-62, 64-65; Entrevista «El Opus Dei: una Institución que promueve la búsqueda de la santidad en el mundo», en *Conversaciones*, nn. 55, 59, 70; *Carta* del 31 de mayo de 1954.

61. *Amigos de Dios*, n. 62.

62. El card. Karol Wojtyła, en una conferencia que dio en 1974 sobre «Evangelización y hombre interior», dejó escrito: «¿Cómo puede el hombre, en

«hay que santificar la profesión, santificarse en la profesión y santificar con la profesión»⁶³. Para el beato Josemaría, el trabajo ordinario «no es sólo el ámbito en el que [la mayoría de los hombres] se deben santificar, sino la materia misma de su santidad»⁶⁴. Según anuncia el beato Josemaría, es santificando nuestro trabajo, santificándonos en nuestro trabajo, y santificando a los demás con el trabajo, como podemos llegar a «hacer endecasílabos de la prosa de cada día»⁶⁵. «El milagro que os pide el Señor —proclamaba ante miles de personas— es la perseverancia en vuestra vocación cristiana y divina, la santificación del trabajo de cada día: el milagro de convertir la prosa diaria en endecasílabos, en verso heroico, por el amor que ponéis en vuestra ocupación habitual»⁶⁶.

El beato Josemaría hacía seguir con frecuencia el adjetivo «profesional» al sustantivo «trabajo»⁶⁷. Es importantísimo comprender que «trabajo profesional» no significa «el trabajo de quien pertenece a la clase profesional —médicos, abogados, docentes—, sino trabajo profesional en el sentido de trabajo asumido como condición estable de vida, de la que depende la personal inserción

su esfuerzo por imponerse sobre la faz de la tierra, dejar su impronta espiritual en el mundo?... Podemos responder con una feliz expresión —por todos bien conocida— que Mons. Escrivá de Balaguer ha utilizado durante tantos años: «Cada uno debe santificar su trabajo, santificarse en su trabajo, y santificar a los demás a través del propio trabajo». Esta conferencia ha sido publicada en *La fede della Chiesa (Interventi del card. Karol Wojtyła)*, Milán 1979, p. 76.

63. Esta expresión concreta se halla en la *Carta* del 31 de mayo de 1954, y así la cita J.L. ILLANES, *La santificación del trabajo*, cit., p. 95. El mismo pensamiento se encuentra muchas veces en la boca y en la pluma del beato Josemaría, con leves diferencias. Así, en *Conversaciones*, n. 55, leemos: «Para la gran mayoría de los hombres, ser santo supone santificar el propio trabajo, santificarse en su trabajo, y santificar a los demás con el trabajo, y encontrar así a Dios en el camino de sus vidas». Y en *ibidem*, n. 70: «Quienes quieren vivir con perfección su fe y practicar el apostolado según el espíritu del Opus Dei, deben santificarse con la profesión, santificar la profesión y santificar a los demás con la profesión». Ver además *Es Cristo que pasa*, n. 46; *Amigos de Dios*, n. 9.

64. *Conversaciones*, n. 70.

65. *Ibidem*, n. 116.

66. *Es Cristo que pasa*, n. 50.

67. Ver, por ejemplo, *ibidem*, nn. 45, 49, 50.

en la sociedad de los hombres»⁶⁸. El beato Josemaría entiende como trabajo cualquier actividad que no se oponga a la ley divina, porque todas las ocupaciones de este tipo son «buenas y nobles [...] y capaces de ser elevadas al plano sobrenatural, es decir, injertadas en esa corriente de Amor que define la vida de un hijo de Dios»⁶⁹. En efecto, según repitiera con toda razón el beato Josemaría, «es hora de que los cristianos digamos muy alto que el trabajo es un don de Dios, y que no tiene ningún sentido dividir a los hombres en diversas categorías según los tipos de trabajo, considerando unas tareas más nobles que otras. El trabajo, todo trabajo, es testimonio de la dignidad del hombre, de su dominio sobre la creación. Es ocasión de desarrollo de la propia personalidad. Es vínculo de unión con los demás seres, fuente de recursos para sostener a la propia familia; medio de contribuir a la mejora de la sociedad, en la que se vive, y al progreso de toda la Humanidad»⁷⁰.

Resulta obvio: lo que torna tan importante el trabajo para el beato Josemaría es el hecho de que éste se configura como libre y responsable actividad de la persona humana, llamada por Dios a participar de su actividad *creadora* y *redentora*: «Porque el trabajo aparece como participación en la obra creadora de Dios [...] Porque, además, al haber sido asumido por Cristo, el trabajo se nos presenta como realidad redimida y redentora»⁷¹. El beato Josemaría meditó con frecuencia e invitó a otros a meditar el pasaje del Evangelio de Juan en que el Señor dice: «Yo, cuando sea elevado sobre la tierra, todo lo atraeré a mí» (*Io* 12,32). Reflexionando sobre este texto, dejó escrito: «Cristo, muriendo en la Cruz, atrae a sí la Creación entera, y, en su nombre, los cristianos, trabajando en medio del mundo, han de reconciliar todas las cosas con Dios, colocando a Cristo en la cumbre de todas las actividades humanas»⁷².

68. J.L. ILLANES, *La santificación del trabajo*, cit., p. 12.

69. *Amigos de Dios*, n. 60.

70. *Es Cristo que pasa*, n. 47.

71. *Ibidem*.

72. *Conversaciones*, n. 59. Cfr. *Es Cristo que pasa*, n. 183.

El hombre puede santificarse en el trabajo, y está llamado a hacerlo, precisamente porque, como dice Rodríguez, «cuando trabaja, no sólo transforma las cosas sino que, a la vez y ante todo, realiza su propio ser y, si es cristiano, al trabajar, realiza, despliega además su ser de cristiano. Y ese realizar nuestro ser de cristianos es lo que se llama “santificarse”»⁷³. Con otras palabras, el trabajo, en cuanto actividad humana —es decir, en cuanto algo que el hombre *decide* libremente llevar a cabo—, posee un aspecto «inmanente»: precisamente por esto la persona humana se realiza en su trabajo y a través de su trabajo, y, en cuanto cristiana, puede «realizar» su compromiso bautismal, su filiación divina. Juan Pablo II pone muy bien de manifiesto esta faceta del trabajo —que él denominó aspecto «subjetivo»— en la encíclica *Laborem exercens*. El Santo Padre, en algunos pasajes que expresan con perfección lo que el beato Josemaría entendía al decir que debemos santificar nuestro trabajo, subraya que, «como persona, el hombre es, pues, sujeto del trabajo. Como persona, él trabaja, realiza varias acciones pertenecientes al proceso del trabajo; éstas, independientemente de su contenido objetivo, han de servir todas ellas a la realización de su humanidad, al perfeccionamiento de esa vocación de persona que tiene en virtud de su misma humanidad»⁷⁴. Prosiguiendo, y con palabras que recuerdan el comentario de Rodríguez, el Santo Padre añade: «mediante el trabajo, el hombre no sólo transforma la naturaleza, adaptándola a las propias necesidades, sino que se realiza a sí mismo como hombre; es más, en un cierto sentido, “se hace más hombre”»⁷⁵.

Nos santificamos en el trabajo uniéndolo al trabajo redentor del propio Jesús, y podemos hacerlo poniendo amor en nuestra tarea. El beato Josemaría decía que la «dignidad del trabajo está

73. P. RODRÍGUEZ, *Vocación, trabajo, contemplación*, cit., p. 80.

74. JUAN PABLO II, Enc. *Laborem exercens*, n. 6.

75. *Ibidem*, n. 70. Un excelente comentario de la *Laborem exercens* es el de John FINNIS, *Fundamental Themes of John Paul II's Laborem exercens* (1982), en *The Church's Social Teaching: Proceedings of the Fifth Annual Convention of the Fellowship of Catholic Scholars*, Scranton, PP 1983.

fundada en el Amor. El gran privilegio del hombre es poder amar, trascendiendo así lo efímero y lo transitorio... El trabajo nace del amor, manifiesta el amor, se ordena al amor... El trabajo es así oración, acción de gracias... El trabajo profesional es también apostolado, ocasión de entrega a los demás hombres, para revelarles a Cristo y llevarles hacia Dios Padre, consecuencia de la caridad que el Espíritu Santo derrama en las almas»⁷⁶.

Nos podemos santificar en el trabajo merced, justamente, a nuestra filiación divina y al amor que Dios derrama en nuestros corazones cuando nos hace hijos suyos. Como ha observado Ocariz, es «la realidad de la filiación divina la que impide la esclavitud en el trabajo, pues “en medio de las limitaciones inseparables de nuestra situación presente, porque el pecado habita todavía de algún modo en nosotros, el cristiano percibe con claridad nueva toda la riqueza de su filiación divina, cuando se reconoce plenamente libre porque trabaja en las cosas de su Padre”»⁷⁷.

Pero sólo cabe santificarse en el trabajo si se santifica ese mismo trabajo. Debemos recordar aquí que el trabajo, además de su aspecto intransitivo o *subjetivo*, posee también un aspecto *objetivo*: tiene un efecto sobre las cosas materiales de este mundo, sobre la cultura y la civilización humanas. Como bien dice Rodríguez, existe una íntima unión entre los aspectos intransitivo (subjetivo) y transitivo (objetivo) del trabajo. Si en el trabajo se busca sólo la propia autorrealización, se cae en una equivocada actitud individualista tanto respecto a la existencia humana como a la llamada a la santidad en cuanto hijos de Dios, en cuanto miembros de su familia. Dios nos llama, a través de nuestro trabajo, a «cuidar» el mundo, a «humanizarlo». Como ha notado Rodríguez, «la cultura, en efecto, no es otra cosa que Naturaleza *humanizada*»⁷⁸, y llega a serlo a través de nuestro trabajo.

76. *Es Cristo que pasa*, nn. 48-49.

77. F. OCÁRIZ, *La filiación divina, realidad central en la vida y en la enseñanza de Mons. Escrivá de Balaguer*, en *Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer y el Opus Dei en el 50 aniversario de su fundación*, cit., p. 198, con una cita interna de *Es Cristo que pasa*, n. 138.

78. P. RODRÍGUEZ, *Vocación, trabajo, contemplación*, cit., p. 81. La cursiva es nuestra.

Y podemos santificar nuestro trabajo sólo si lo realizamos bien, un extremo que el beato Josemaría subrayó muy a menudo en su predicación y en sus escritos. He aquí un pasaje especialmente relevador al respecto: «realizar vuestro trabajo con perfección» amar a Dios y a los hombres al poner amor en las cosas pequeñas de vuestra jornada habitual, descubriendo ese *algo divino* que en los detalles se encierra. ¡Qué bien cuadran aquí aquellos versos del poeta de Castilla!: “Despacito, y buena letra: / el hacer las cosas bien / importa más que el hacerlas”⁷⁹. Este pasaje, y otros muchos de las obras del beato Josemaría, transmiten el mismo lenguaje, poniendo también de manifiesto el *valor de las cosas pequeñas*⁸⁰. El beato Josemaría se entusiasmaba al hablar, pongo por caso, de aquellos artesanos del Medioevo, cuyas maravillosas obras materiales, situadas en lo más alto de las catedrales, no podían ser vistas por quienes miraban desde abajo, sino sólo por Dios. Su trabajo era santificante porque estaba hecho para Dios, constituyendo una demostración de amor, y porque estaba *bien hecho*⁸¹. Un trabajo chapucero, descuidado, no puede santificarse por no ofrecer materia adecuada para la santificación. No puede contribuir a la «humanización» y a la «redención» del mundo en que vivimos. Si el trabajo ha de santificarse, debe realizarse bien: «como lema para vuestro trabajo —escribía el beato Josemaría— os puedo indicar éste: *para servir, servir*. Porque, en primer lugar, para realizar las cosas, hay que saber terminarlas. No creo en la rectitud de intención de quien no se esfuerza por lograr la competencia necesaria, con el fin de cumplir debidamente las tareas que tiene encomendadas. No basta querer hacer el bien, sino que hay que saber hacerlo. Y, si realmente queremos, ese deseo se traducirá en el empeño por poner los medios adecuados para dejar las cosas *acabadas*, con humana perfección»⁸².

79. *Conversaciones*, n. 116.

80. Sobre el valor de las cosas pequeñas, cfr. en particular el capítulo titulado «Cosas pequeñas», en *Camino*, nn. 813-830. Consultar también la *Carta* del 31 de mayo de 1954.

81. Cfr., entre otros, *Amigos de Dios*, n. 65.

82. *Es Cristo que pasa*, n. 50.

No sólo estamos llamados a santificarnos en el trabajo y a santificar el trabajo, sino también a santificar a los demás a través de nuestro trabajo. En virtud de nuestra filiación divina y de nuestro compromiso bautismal de participar en la obra redentora de Cristo, nuestro trabajo, nuestras actividades libremente elegidas en el mundo material de la vida cotidiana, poseen un carácter apostólico. El apostolado del laico, insistía el beato Josemaría (como hizo el Concilio Vaticano II después de él), no es una actividad «eclesiástica», algo «yuxtapuesto» a las actividades de cada día. Al contrario, nuestro trabajo «es también apostolado, ocasión de entrega a los demás hombres, para revelarles a Cristo y llevarles hacia Dios Padre»⁸³. En un texto particularmente pintoresco, el beato Josemaría definía el «prestigio profesional» en el trabajo —cualquiera que fuere— como el *anzuelo* que nos convierte en *pescadores de hombres*⁸⁴. Nuestro trabajo, en otras palabras, es nuestro apostolado. Nos provee de las ocasiones para llevar a los demás el amor redentor de Cristo.

b) *El valor de las cosas pequeñas*

Ya hemos aludido a él, brevemente, cuando hablábamos del trabajo. Pero las cosas pequeñas, que constituyen una parte tan relevante en la vida cotidiana, se componen a su vez, en su mayoría, de las cosas pequeñas que dan valor a nuestro trabajo, entendido éste como «condición estable de vida, de la que depende la personal inserción en la sociedad de los hombres»⁸⁵. Con el término «cosas pequeñas», que forman la urdimbre y la trama de nuestra vida cotidiana, el beato designaba las infinitas «circuns-

83. *Ibidem*, n. 49.

84. *Camino*, n. 372: «Te apartas de tu camino de apóstol, si, con ocasión —o con excusa— de una obra de celo, dejas incumplidos los deberes del cargo. Porque me perderás el prestigio profesional, que es precisamente tu “anzuelo de pescador de hombres”».

85. J.L. ILLANES, *La santificación del trabajo*, cit., p. 12. Consultar las páginas precedentes, en las que tratábamos del trabajo.

tancias aparentemente intrascendentes»⁸⁶ que se nos presentan, como, por ejemplo, el modo en que saludamos a los demás o afrontamos las contrariedades de nuestro día (el tráfico, un colega poco amable, y otras tantas). Todas estas «circunstancias intrascendentes» deben convertirse en ocasiones para santificarnos y para santificar a los demás. Un punto cardinal de las enseñanzas del beato Josemaría es que debemos ser fieles, muy fieles, en todas las cosas pequeñas⁸⁷. Sin duda, como subraya el fundador del Opus Dei, las cosas pequeñas de la vida cotidiana, el cuidado de los detalles, son «el aceite, nuestro aceite, que mantiene viva la llama y encendida la luz»⁸⁸. Es esto tan cierto, que uno de los mayores peligros de la vida cristiana consiste en imaginar que en lo habitual, «en lo de cada instante, no está Dios, porque ¡es tan sencillo, tan ordinario!»⁸⁹.

Poseen tal trascendencia las cosas pequeñas en nuestra vida ordinaria y cotidiana en el mundo —el *lugar* donde somos llamados a santificarnos nosotros mismos y a los demás—, que el beato dedicó un capítulo de *Camino* a considerar su particular significado para nosotros, hijos de Dios, llamados a hacer que El y su amor se encuentren eficazmente presentes en el mundo ordinario en que vivimos⁹⁰. Dos breves reflexiones de ese capítulo de *Camino* sintetizan la cuestión de la forma más adecuada: «Has errado el camino si desprecias las cosas pequeñas»⁹¹, y «La santidad “grande” está en cumplir los “pequeños deberes” de cada instante»⁹².

Precisamente porque captó el valor de las cosas pequeñas y de su importancia para vivir fielmente la llamada de Dios a la santi-

86. Ver la homilía del beato Josemaría, «La grandeza de la vida corriente», en *Amigos de Dios*, n. 9.

87. Cfr. *ibidem*, nn. 18 y 20.

88. *Ibidem*, n. 41.

89. BEATO JOSEMARÍA ESCRIVÁ, homilía «Hacia la santidad», en *Amigos de Dios*, n. 313.

90. Cfr. *Camino*, nn. 813-830.

91. *Camino*, n. 816.

92. *Ibidem*, n. 817.

dad, es María nuestro modelo y el motivo de nuestra alegría. Como dijera el beato Josemaría al meditar sobre María y sobre el ejemplo que nos ofrece, «el valor sobrenatural de nuestra vida no depende de que sean realidad las grandes hazañas que a veces forjamos con la imaginación, sino de la aceptación fiel de la voluntad divina, de la disposición generosa en el menudo sacrificio diario»; en «vivir cara a Dios nuestra condición de hombres corrientes, santificando esa aparente pequeñez. Así vivió María»⁹³.

c) *Vida matrimonial y familiar*

«¿Te ríes porque te digo que tienes “vocación matrimonial”? —Pues la tienes: así, vocación»⁹⁴. Durante toda su vida, el beato Josemaría consideró decididamente el matrimonio como una vocación divina; este pasaje se encuentra en la primera edición de *Camino*, publicada en 1939, cuando la idea de que el matrimonio constituía una vocación divina no era bien entendida por parte de muchos católicos. La afirmación de que el matrimonio es una vocación y un medio de santidad resulta fundamental en las enseñanzas del beato: «El matrimonio no es, para un cristiano, una simple institución social, ni mucho menos un remedio para las debilidades humanas: es una auténtica vocación sobrenatural»⁹⁵.

La vida ordinaria de la mayor parte de los laicos se despliega en el trabajo y en la familia. Si éstos quieren santificarse a sí mismos y a los demás —y seguir con fidelidad su llamada a ser santos y a participar en la obra redentora de Cristo—, sólo podrán hacerlo santificando su trabajo (como hemos visto) y santificando su vida matrimonial y familiar.

93. BEATO JOSEMARÍA ESCRIVÁ, homilía «La Virgen santa, causa de nuestra alegría», en *Es Cristo que pasa*, n. 172.

94. *Camino*, n. 27.

95. *Es Cristo que pasa*, n. 23.

Esta gran verdad, claramente advertida por el beato Josemaría y magníficamente desarrollada por el Concilio Vaticano II y, de forma eminente, por Juan Pablo II, afirma que la maravillosa realidad humana del matrimonio, que tiene como autor a Dios y se inició con la creación del primer hombre y de la primera mujer, resulta por naturaleza susceptible de ser divinizada e incorporada al designio de la gracia y del amor divinos. Ha sido ésta la constante enseñanza de la Iglesia, por cuanto el matrimonio cristiano constituye un sacramento de la nueva ley de la gracia ⁹⁶. El matrimonio cristiano nos permite participar íntimamente en la transmisión de la vida, y en la unión esponsal de Cristo con su esposa, la Iglesia (*Eph* 5,31-33). La misión santificadora del matrimonio y de la familia, tan apreciada por el beato Josemaría, ha sido bien desarrollada por Juan Pablo II en la Exhortación apostólica *Familiaris consortio*; en lo que sigue intentaré simplemente resumir y comentar las enseñanzas contenidas en este documento ⁹⁷.

Cuando un hombre y una mujer cristianos se casan, lo hacen en cuanto personas que se encuentran ya, a través del Bautismo, unidas a Cristo y a su esposa inmaculada, la Iglesia, que es su cuerpo (cfr. *Cor* 6,15-20). Indica el Santo Padre que, por medio del bautismo, «el hombre y la mujer se insertan definitivamente en la Nueva y Eterna Alianza, en la Alianza esponsal de Cristo con la Iglesia. Y debido a esta inserción indestructible, la comu-

96. Fue solemnemente definido como verdad de fe por el Concilio de Trento en la sesión XXIV, en noviembre de 1563. Cfr. el texto en DS 1.797-1.800, con los cánones que lo acompañan, nn. 1.801-1.812. Más adelante, ha sido constantemente reafirmado por el Magisterio: por ejemplo, LEÓN XIII, Enc. *Arcanum divinae sapientiae*; PIO XI, Enc. *Casti connubii*; CONC. VATICANO II, Const. past. *Gaudium et spes*, nn. 47-52; PABLO VI, Enc. *Humanae vitae*; y JUAN PABLO II, Ex. apost. *Familiaris consortio*.

97. Un óptimo texto, que presenta y analiza las enseñanzas de la Iglesia sobre el matrimonio y la familia, es el de R. GARCÍA DE HARO, *Matrimonio e famiglia nei documenti del Magistero*, Milán 1988 (trad. inglesa de William MAY, *Marriage and Family in the Documents of the Magisterium*, San Francisco 1993). El capítulo octavo de este excelente libro está dedicado al análisis de las abundantes enseñanzas de Juan Pablo II sobre el matrimonio y la familia, y, de forma particular, a las contenidas en la *Familiaris consortio*.

nidad íntima de vida y de amor conyugal, fundada por el Creador, es elevada y asumida en la caridad sponsal de Cristo, sostenida y enriquecida por su fuerza redentora»⁹⁸. El resultado es que su matrimonio se convierte en «símbolo real de la nueva y eterna Alianza, sancionada con la sangre de Cristo. El Espíritu que infunde el Señor renueva el corazón y hace al hombre y a la mujer capaces de amarse como Cristo nos amó. El amor conyugal alcanza de este modo la plenitud a la que está ordenado interiormente, la caridad conyugal, que es el modo propio y específico con que los esposos participan y están llamados a vivir la misma caridad de Cristo que se dona sobre la cruz»⁹⁹. En consecuencia, continúa Juan Pablo II, los esposos cristianos están llamados a *llegar a ser lo que son*¹⁰⁰: los esposos pueden, en y a través de su vida matrimonial, llevar a las propias familias y al mundo en el que viven la gracia salvífica de Cristo, y reproducir en su vida familiar el amor redentor que Cristo profesa a su esposa inmaculada, la Iglesia.

Juan Pablo II asigna cuatro tareas principales a los esposos cristianos: 1) formar una comunidad de personas; 2) servir a la vida, aceptando de Dios el don de la vida humana, alimentándola y educándola en el amor a Dios y al prójimo; 3) participar en el desarrollo de la sociedad; 4) participar en la vida y en la misión de la Iglesia¹⁰¹. La familia cristiana, fundada sobre el matrimonio sacramental, es verdaderamente, como nos recuerdan los Padres de la Iglesia, el Concilio Vaticano II y Juan Pablo II, una *iglesia en miniatura*, la *iglesia doméstica*¹⁰². Posee, por tanto, una específica y original función eclesial, en cuanto comunidad creyente y

98. JUAN PABLO II, Ex. apost. *Familiaris consortio*, n. 13.

99. *Ibidem*.

100. *Ibidem*, n. 17.

101. *Ibidem*, III parte.

102. CONC. VATICANO II, Const. dogm. *Lumen gentium*, n. 11; cfr. el decreto sobre el laicado, *Apostolicam actuositatem*, n. 11; JUAN PABLO II, Ex. ap. *Familiaris consortio*, n. 49. Reseñamos algunos estudios útiles: Domenico SARTORE, C.S.I., *La famiglia, chiesa domestica*, en «Lateranum» 45 (1979) pp. 282-303; Vigen GUROIAN, *Family and Christian Virtue in a Post-Christendom World: Reflections on the Ecclesial Vision of John Chrysostom*, en «St. Vladimir's Theological Quarterly» 35 (1991) pp. 327-350.

evangelizadora, en cuanto comunidad en diálogo con Dios¹⁰³. Los cónyuges cristianos «no sólo “reciben” el amor de Cristo, convirtiéndose en comunidad “salvada”, sino que están también llamados a “transmitir” a los hermanos el mismo amor de Cristo, haciéndose así comunidad “salvadora”»¹⁰⁴.

En el contexto de la cultura contemporánea, caracterizada por el banal eslogan de los sostenedores de la contracepción y el aborto, que afirma que «ningún niño no querido debería nacer», me parece que una de las más trascendentales misiones santificadoras del matrimonio y de la familia cristianas es la de iluminar las inteligencias de los hombres y abrir sus corazones a la verdad sublime de que «ninguna persona humana, incluidos los niños no nacidos, habría de ser no querida, es decir, no amada». Y el único camino para que la sociedad humana crezca en el amor de todas las personas, consiste en hacer que hombres y mujeres modelen las propias vidas a tenor de la verdad. La verdad exige que se reconozcan los bienes preciosos de la sexualidad humana, los bienes del matrimonio: la fidelidad absoluta al cónyuge y la apertura a la vida humana.

IV. CONCLUSIÓN

Cada uno de nosotros llega a ser la persona que es a través de las acciones que libremente decide realizar en la vida cotidiana y ordinaria en la familia y durante el trabajo; por eso, puede vivir su vocación de hijo de Dios y alcanzar, con Su gracia, la plenitud de la filiación divina, santificando la vida ordinaria. En efecto, es ella el lugar y el medio de nuestra santificación. Pero, como recuerda el beato Josemaría, «la santificación es tarea de toda la vida»¹⁰⁵. «El santo no nace»; al contrario, «se forja en el continuo juego de la gracia divina y de la correspondencia humana»¹⁰⁶. Esto es, sólo resulta posible con la ayuda de Dios, con su gracia.

103. JUAN PABLO II, Ex. ap. *Familiaris consortio*, nn. 50-62.

104. *Ibidem*, n. 49.

105. *Es Cristo que pasa*, n. 58.

106. *Amigos de Dios*, n. 7.

La consecuencia es que debemos utilizar los medios necesarios para asegurar que nuestra vocación a la santidad eche raíces y se desarrolle. Con el beato Josemaría, podemos decir que los dos medios principales «para lograr que la vocación se afiance» son «la vida interior y la formación doctrinal, el conocimiento profundo de nuestra fe»¹⁰⁷. Sin un conocimiento profundo y maduro de la verdad que Dios nos ha comunicado por medio de su Hijo y de su Esposa, la Iglesia, jamás podremos llevar a cumplimiento nuestra vocación de hijos. Y no podremos lograrlo mientras no desarrollemos una vida interior de constante oración, cimentada en la familiaridad personal con nuestro mejor amigo, Jesús. Lo que hemos de hacer es «fomentar en el fondo del corazón un deseo ardiente, un afán grande de alcanzar la santidad, aunque nos contemplemos llenos de miserias. No os asustéis... Díselo ahora desde el fondo de tu corazón: Señor, de verdad quiero ser santo, de verdad quiero ser un digno discípulo tuyo y seguirte sin condiciones»¹⁰⁸.

107. *Es Cristo que pasa*, n. 8.

108. *Amigos de Dios*, n. 20.